

SAN JERÓNIMO

COMENTARIO A JONÁS

Commentariorum in Jonam



SABBATISMUS

San Jerónimo (347–420)
Commentariorum in Jonam · Comentario a Jonás

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego
(Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan
Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

SAN EUSEBIO JERÓNIMO, PRESBITERO DE
ESTRIDÓN, COMENTARIOS SOBRE EL PRO-
FETA JONÁS, LIBRO UNO. (C)

PRÓLOGO.

Han transcurrido cerca de tres años desde que interpreté a cinco profetas: Miqueas, Nahúm, Habacuc, Sofonías y Ageo; y, detenido por otra obra, no pude completar lo que había comenzado: pues escribí el libro **Sobre los varones ilustres**, y dos volúmenes **Contra Joviniano**; también la **Apología**, y **Sobre el mejor género de interpretar** a Pamaquio; y a Nepociano, o sobre Nepociano, dos libros, y otras cosas que sería largo enumerar. Así pues, después de tanto tiempo, tomando el principio de mi interpretación a partir de Jonás, como por un cierto derecho de postliminio, suplico que aquel que es tipo del Salvador, y que, habiendo permanecido tres días y tres noches en el vientre de la ballena, prefiguró la resurrección del Señor, nos conceda también a nosotros el fervor de antaño, para que merezcamos la venida del Espíritu Santo a nosotros. Pues si **Jonás** se interpreta como **paloma**, y la paloma, además, se refiere al Espíritu Santo: que también nosotros interpretemos la paloma a partir de la venida de la paloma a nosotros. Sé que los antiguos escritores eclesiásticos, tanto griegos como latinos, han dicho mucho sobre este libro, y con tantas cuestiones, no tanto han aclarado como oscurecido sus significados; de modo que su misma interpretación necesita de interpretación, y el lector se marcha mucho más incierto de lo que estaba antes de

leer. Y no digo esto para menoscabar a los grandes ingenios, ni para censurar a otros con mi alabanza; sino porque es oficio del comentador dilucidar lo que es oscuro, breve y claramente, y no tanto ostentar su propia elocuencia como exponer el sentido de aquel a quien explica. Preguntamos, pues, si el profeta Jonás, exceptuando su propio libro y los Evangelios, es decir, el testimonio del Señor sobre él, se lee en algún otro lugar de las Sagradas Escrituras. Y, si no me equivoco, así está escrito de él en el libro de los Reyes: ` En el año decimoquinto de Amasías, hijo de Joás, rey de Judá, reinó Jeroboam, hijo de Joás, rey de Israel, en Samaria durante cuarenta y un años. E hizo lo malo ante los ojos del Señor, y no se apartó de todos los pecados de Jeroboam, hijo de Nabat, que hizo pecar a Israel. Él restauró la frontera de Israel en Samaria desde la entrada de Hamat hasta el mar de la soledad, según la palabra del Señor, Dios de Israel, que habló por mano de su siervo Jonás, hijo de Amitai el profeta, que era de Gat, que está en Hefer` (IV Reyes 14:25 ss.). Los hebreos, por su parte, relatan que este era el hijo de la viuda de Sarepta, a quien el profeta Elías resucitó de entre los muertos, diciendo después la madre: ` Ahora sé que eres un hombre de Dios, y que la palabra de Dios en tu boca es verdad` ; y por esta causa el niño mismo fue llamado así. Pues *Amitai* en nuestra lengua significa *verdad*; y porque Elías habló la verdad, el que fue resucitado se dice que es hijo de la verdad. Además, Gat es una pequeña aldea en el segundo miliario desde Séforis (que hoy se llama Diocesa-

rea) yendo hacia Tiberíades, donde también se muestra su sepulcro. Aunque otros quieren que haya nacido y sido sepultado cerca de Dióspolis, es decir, Lida, sin entender que lo que se añade, *Hefer*, sirve para distinguirla de otras ciudades llamadas Gat, que se muestran aún hoy cerca de Eleuterópolis o Dióspolis. El libro de Tobías también, aunque no se tenga en el Canon, pero como es utilizado por los hombres eclesiásticos, recuerda algo de este tipo, diciendo Tobías a su hijo. ` Hijo, he aquí que he envejecido, y estoy a punto de partir de mi vida: Toma a tus hijos, y vete a Media, hijo mío; pues sé lo que el profeta Jonás dijo de Nínive, que será destruida` (Tobías 14). Y en verdad, en lo que respecta a las historias tanto hebreas como griegas, y especialmente a Heródoto, leemos que Nínive fue destruida durante el reinado de Josías entre los hebreos, y de Astiages, rey de los medos. De lo cual entendemos que la primera vez, ante la predicación de Jonás, los ninivitas, habiendo hecho penitencia, obtuvieron el perdón; pero después, perseverando en sus vicios anteriores, provocaron contra sí la sentencia de Dios. Y los hebreos relatan que Oseas, Amós, Isaías y Jonás profetizaron en los mismos tiempos. Esto en cuanto a los fundamentos de la historia. Por lo demás, no ignoramos, oh venerable papa Cromacio, que es tarea de grandísimo esfuerzo referir todo el profeta a la inteligencia del Salvador: a saber, que huyó, que durmió, que fue arrojado al mar, que fue recibido por la ballena, que arrojado a la orilla predicó la penitencia, que se entristeció por la salvación de una ciudad

innumerable, que se deleitó con la sombra de una calabacera, que fue reprendido por Dios por haber tenido mayor cuidado de una planta verde y prontamente seca que de tan gran multitud de hombres, y las demás cosas que nos esforcemos por explicar en el propio volumen: y sin embargo, para que comprenda todo el sentido del profeta en un breve prefacio, no habrá mejor intérprete de su propio tipo que aquel mismo que inspiró a los profetas y prefiguró las líneas de la verdad futura en sus siervos. Habla, pues, a los judíos, incrédulos a su palabra y que no conocían a Cristo, el Hijo de Dios: ` Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio con esta generación y la condenarán, porque hicieron penitencia ante la predicación de Jonás; y he aquí que hay algo más que Jonás aquí` (Mat. 12:41). La generación de los judíos es condenada, mientras el mundo cree; y mientras Nínive hace penitencia, el Israel incrédulo perece. Ellos tienen los libros, nosotros al Señor de los libros (2 Cor. 3); ellos poseen a los profetas, nosotros la inteligencia de los profetas; a ellos los mata la letra, a nosotros nos vivifica el espíritu (Juan 18); para ellos se libera a Barrabás el ladrón, para nosotros se suelta a Cristo el Hijo de Dios.

Y vino la palabra del Señor a Jonás, hijo de Amitai, diciendo: Levántate y ve a Nínive, la gran ciudad, y predica en ella; porque su malicia ha subido delante de mí. Los Setenta, excepto que dijeron, "el clamor de su malicia ha subido hasta mí", tradujeron lo demás de manera similar. Jonás es enviado a los gentiles para la condenación

de Israel, porque mientras Nínive hacía penitencia, ellos perseveraban en su malicia. Además, lo que dice, "su malicia ha subido delante de mí", o, "el clamor de su malicia hasta mí", es lo mismo que se dice en el Génesis: "El clamor de Sodoma y Gomorra se ha multiplicado" (Gén. 18:20). Y a Caín: "La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra" (Gén. 4:10). Según la tropología, en cambio, nuestro Señor —Jonás, esto es, "paloma" o "doliente" (pues ambas cosas se interpretan, ya sea porque el Espíritu Santo descendió en forma de paloma y permaneció en él (Lc. 19), ya sea porque él mismo se dolió de nuestras heridas, y lloró sobre Jerusalén, y por su llaga fuimos curados (Is. 53): verdaderamente hijo de la verdad; pues ciertamente Dios es la verdad)— es enviado a la hermosa Nínive, es decir, al mundo, del cual nada más hermoso contemplamos con los ojos de la carne (Jn. 14). De ahí que también entre los griegos recibió el nombre de kosmos por su ornamento; y, consumadas cada una de las obras, dice de él: "Vio Dios que era bueno". A Nínive, digo, la gran ciudad, para que, puesto que Israel desdeñó escuchar, todo el mundo de los gentiles oiga. Y esto, porque su malicia había subido delante de Dios. Pues habiendo Dios construido, por así decir, una casa hermosísima para el hombre que le había de servir, el hombre se depravó por su propia voluntad, y desde su juventud su corazón se aplicó diligentemente al mal (Gén. 8); y puso su boca en el cielo y, construida una torre de soberbia (Gén. 11), merece que el Hijo de Dios descienda a él, para que por la ruina de la

penitencia ascienda al cielo, quien no pudo por el tumor de la soberbia.

Y se levantó Jonás para huir a Tarsis de la presencia del Señor. La Septuaginta dice lo mismo. Sabe el profeta, sugiriéndoselo el Espíritu Santo, que la penitencia de los gentiles es la ruina de los judíos. Por eso, como amante de su patria, no tanto envidia la salvación de Nínive cuanto no quiere que perezca su propio pueblo. De otro modo, había leído que Moisés, rogando por ellos, había dicho: "Si les perdonas su pecado, perdónalo; pero si no lo perdonas, bórrame también a mí de tu libro que has escrito" (Éxodo 32:31-32), y que por sus plegarias Israel fue salvado, y Moisés no fue borrado del libro, sino que más bien el Señor había aprovechado la ocasión por medio de su siervo para perdonar a sus otros con-servos. Pues cuando dice "déjame", muestra que puede ser retenido. Algo semejante dice también el Apóstol: "Desearía ser yo mismo anatema por mis hermanos, que son israelitas según la carne" (Rom. 9:3). No porque él mismo desee perecer, para quien vivir es Cristo y morir es ganancia (Fil. 1); sino que más merece la vida, mientras desea salvar a los demás.

Además, viendo Jonás que sus compañeros profetas eran enviados a las ovejas perdidas de la casa de Israel para llamar al pueblo a la penitencia, y que también Balaam el adivino había profetizado sobre la salvación del pueblo israelita (Núm. 22), se dolía de ser el único elegido para ser enviado a los asirios, enemigos de Israel, y a la ciudad más grande de sus adversarios, donde ha-

bía idolatría e ignorancia de Dios; y, lo que es más grave, temía que, con ocasión de su predicación, al convertirse ellos a la penitencia, Israel fuera completamente abandonado. Pues había sabido por el mismo espíritu por el cual se le confió el anuncio a los gentiles, que cuando las naciones hubieran creído, entonces perecería la casa de Israel, y temía que lo que había de suceder en algún momento, no ocurriera en su propio tiempo.

Por lo cual Jonás, imitando a Caín (Gén. 4) y apartándose de la presencia del Señor, quiso huir a Tarsis, que Josefo interpreta como Tarso, ciudad de Cilicia, aunque con la primera letra cambiada; pero por lo que se puede entender en los libros de las Crónicas, un cierto lugar de la India es llamado así. Además, los hebreos sostienen que TARSIS se dice generalmente que significa el mar, según aquel pasaje: "Con un viento vehemente destrozará las naves de Tarsis" (Sal. 47:8), es decir, "del mar". Y en Isaías: "Lamentaos, naves de Tarsis" (Is. 2:14). Sobre esto, recuerdo haber dicho hace muchos años en una cierta carta a Marcela: Por tanto, el profeta no deseaba huir a un lugar determinado; sino que, entrando en el mar, se apresuraba a ir a cualquier parte: y esto es más propio de un fugitivo y de un temeroso, no elegir un lugar para una huida ociosa, sino aprovechar la primera ocasión de navegar.

También podemos decir esto: el que pensaba que Dios era conocido solo en Judea (Sal. 75), y grande su nombre en Israel, después de sentirlo en las olas, confiesa y dice: "Soy hebreo, y temo al Señor del cielo, que hizo el mar y la tierra firme".

Pero si Él mismo hizo el mar y la tierra firme, ¿por qué, abandonando la tierra firme, crees que puedes evitar al creador del mar en el mar? Y al mismo tiempo, es instruido por la salvación y conversión de los marineros de que incluso una multitud tan grande como la de Nínive puede ser salvada por una confesión similar.

Pero acerca de nuestro Señor y Salvador podemos decir que dejó su casa y su patria, y habiendo asumido la carne, huyó en cierto modo de los cielos y vino a Tarsis, es decir, al mar de este siglo, según lo que se dice en otro lugar: "Este mar grande y espacioso, allí hay reptiles sin número". "Animales pequeños con grandes, por allí pasarán las naves [o, deambularán]". "Este dragón que formaste para que jugara en él" (Sal. 103:25 ss.). Por esta razón también en su pasión decía: "Padre, si es posible, que pase de mí esta copa", no sea que, clamando el pueblo: "Crucifícalo, crucifícalo" (Lucas 22:42). Y: "No tenemos más rey que el César" (Juan 19:15), la plenitud de los gentiles entrara, y se quebraran las ramas del olivo, en cuyo lugar crecerían los vástagos del olivo silvestre (Rom. 11). Y tan grande fue su piedad y amor por el pueblo, por la elección de los padres y la promesa a Abraham, que puesto en la cruz dijo: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lucas 23:34).

O ciertamente, puesto que "Tarsis" se interpreta como "contemplación de la alegría", el profeta, llegando a Jope, que a su vez significa "hermosa", se apresura a ir a la alegría y a disfrutar de la bienaventuranza del descanso,

a entregarse por completo a la contemplación (*theoria*), juzgando que es mejor disfrutar de la belleza y variedad de la ciencia que el que perezca el pueblo del cual Cristo había de nacer en la carne por ocasión de la salvación de los demás gentiles.

(Versículo 3.) Y descendió a Jope, y encontró una nave que iba a Tarsis; y pagó su pasaje, y descendió a ella, para ir con ellos a Tarsis, lejos del rostro del Señor. LXX: Y subió a Jope, y encontró una nave que iba a Tarsis; y dio su pasaje, y subió a ella, para navegar con ellos a Tarsis, lejos del rostro del Señor. Leemos que Jope es un puerto de Judea, tanto en los libros de los Reyes como en los de las Crónicas (II Crónicas II), al cual también Hiram, rey de Tiro, transportaba en balsas maderas del Líbano, que luego serían llevadas a Jerusalén por vía terrestre. Este es el lugar en el que, hasta el día de hoy, se muestran en la orilla las rocas en las que Andrómeda fue atada y en otro tiempo liberada por la ayuda de Perseo. El lector erudito conoce la historia; pero también, de acuerdo con la naturaleza de la región, el profeta, viniendo de las zonas montañosas y escarpadas hacia Jope y las llanuras, se dice con razón que "descendió", y que encontró una nave soltando amarras de la orilla y adentrándose en el mar, y dio su pasaje, es decir, el precio de la nave, o de su transporte, según el hebreo, o "su propio pasaje" [O: suum], como tradujeron los Setenta. "Y descendió a ella", como se contiene propiamente en el hebreo: pues IERED () significa "descendió", para que, como fugitivo, buscara solícitamente un escondite. O

"subió", como está escrito en la edición Vulgata, para que, a dondequiera que la nave se dirigiera, él llegara, pensando que había escapado si dejaba Judea. Pero también nuestro Señor, en la costa más lejana de Judea (que, por estar en Judea, era llamada hermosísima), no quiere tomar el pan de los hijos y dárselo a los perros (Mateo XV); sino que, como había venido a las ovejas perdidas de la casa de Israel, da un precio a los transportistas, para que Aquel que primero quiere sanar [O: salvar] a su propio pueblo, salve a los habitantes del mar, y entre torbellinos y tempestades —es decir, su pasión y los oprobios de la cruz— sumergido en el infierno, salve a aquellos a quienes, como si durmiera en la barca, descuidaba (Mateo VIII).

Se debe rogar al lector prudente que no pretenda buscar el mismo orden en la tropología que en la historia. Pues el Apóstol refiere a Agar y a Sara a los dos Testamentos, y sin embargo no podemos interpretar tropológicamente todo lo que se narra en aquella historia. Y al discutir sobre Adán y Eva a los Efesios, dice: "Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne. Este misterio es grande; pero yo digo esto con referencia a Cristo y a la Iglesia" (Efesios V, 31-32). ¿Acaso podemos referir todo el principio del Génesis, y la creación del mundo, y la condición de los hombres a Cristo y a la Iglesia, porque el Apóstol haya usado así este testimonio? Pues supongamos que referimos lo que está escrito: "Por eso dejará el hombre a su padre", a Cristo, diciendo que Él dejó a Dios Padre en los cielos

para que el pueblo de los gentiles se uniera a la Iglesia: lo que sigue, "a su madre", ¿cómo podemos interpretarlo, a no ser que quizás digamos que dejó la Jerusalén celestial, que es la madre de los Santos, y otras cosas mucho más difíciles que estas? Aquello que también fue escrito por el mismo Apóstol: "Pues bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo" (I Corintios X, 4), de ninguna manera nos obliga a referir todo el libro del Éxodo a Cristo. Pues, ¿qué podemos decir? que esta roca fue golpeada por Moisés, no una sino dos veces (Éxodo XVII), que las aguas fluyeron y los torrentes se llenaron. ¿Acaso por esta ocasión forzaremos toda la historia de este pasaje bajo la ley de la alegoría? ¿Y no recibirá más bien cada pasaje, según su diversidad histórica, una inteligencia espiritual diversa?

Por lo tanto, así como estos testimonios tienen sus propias interpretaciones, y ni los pasajes precedentes ni los consecuentes requieren la misma alegoría, así también el profeta Jonás no podrá ser referido enteramente al Señor sin peligro para el intérprete. Ni por el hecho de que en el Evangelio se dice: "Una generación mala [O: perversa] y adúltera busca una señal, y no se le dará señal, sino la señal del profeta Jonás". "Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches" (Mateo XII, 39).

(Versículo 4) Mas el Señor envió un gran viento al mar, y se produjo una gran tempestad en el mar, y la nave corría peligro de hacerse pedazos.

LXX: Y el Señor suscitó un gran espíritu en el mar, y se produjo una gran tempestad en el mar, y la nave corría peligro de hacerse pedazos. La huida del profeta puede también referirse a la persona común del hombre, quien, despreciando los preceptos de Dios, se apartó de su rostro y se entregó al mundo, donde después, por una tempestad de males y el naufragio de todo el mundo enfurecido contra él, fue obligado a sentir a Dios y a volver a Aquel de quien había huido. De aquí entendemos que incluso aquellas cosas que los hombres estiman saludables para sí, si Dios no quiere [Otra lectura: queriendo], se convierten en perdición, y no solo la ayuda no beneficia a aquellos a quienes se ofrece, sino que también los que la ofrecen son igualmente quebrantados. Así como leemos que Egipto fue vencido por los asirios porque ayudaba a Israel contra la voluntad del Señor. Peligra la nave que había acogido al que estaba en peligro: los mares son agitados por el viento, en la tranquilidad surge una tempestad, nada es seguro cuando Dios se opone.

(Versículo 5) Y los marineros tuvieron miedo, y los hombres clamaron a su dios, y arrojaron al mar las mercancías que estaban en la nave, para aligerarla. LXX: Y los que navegaban tuvieron miedo, y clamaron cada uno a su dios, e hicieron un lanzamiento de las mercancías de la nave al mar, para que la nave se aligerara. Piensan que la nave está sobrecargada con su carga habitual, y no entienden que todo el peso es el del profeta fugitivo. Los marineros temen, cada uno clama a su dios; ignorando la verdad, no ignoran la provi-

dencia, y bajo el error de su religión saben que algo debe ser venerado: arrojan la carga al mar, para que la nave más ligera pudiera saltar sobre la magnitud de las olas. Pero Israel, por el contrario, no entiende a Dios ni en lo bueno ni en lo malo; mientras Cristo llora por el pueblo, tiene los ojos secos.

Y Jonás descendió a las partes interiores de la nave, y dormía con un sueño profundo. LXX: Mas Jonás descendió al vientre de la nave, y dormía, y roncaba. En lo que a la historia se refiere, la mente del profeta se describe como segura: no se turba por la tempestad ni por los peligros, manteniendo el mismo ánimo tanto en la calma como ante el naufragio inminente. En fin, otros claman a sus dioses, arrojan las mercancías, cada uno se esfuerza como puede. Este está tan quieto y seguro, y de un ánimo tan tranquilo, que descendiendo a las partes interiores de la nave, disfruta de un sueño plácido. Pero también se puede decir esto: Era consciente de su huida y del pecado por el cual había descuidado los preceptos del Señor: y percibía que la tempestad, que los demás ignoraban, se enfurecía contra él: por eso descendió a las partes interiores de la nave, y triste se esconde, para no ver las olas, como vengadoras de Dios, hincharse contra él. Pero el que duerma no es señal de seguridad, sino de tristeza. Pues leemos que también los Apóstoles en la pasión del Señor, por la magnitud de la tristeza, fueron oprimidos por el sueño (Mateo 26). Pero si lo interpretamos en sentido típico, el sueño del profeta y su profundísimo sopor significan al hombre entorpecido

por el sopor del error, a quien no le había bastado huir del rostro de Dios, si no que, además, abrumada su mente por una cierta locura, ignorara la ira de Dios y, como si estuviera seguro, durmiera y resonara en un sueño profundísimo con un ronquido ronco.

(Versículo 6) Y se le acercó el piloto, y le dijo: ¿Por qué estás oprimido por el sueño? Levántate, invoca a tu Dios, si acaso Dios se acuerda de nosotros, y no perezcamos. LXX: Y se le acercó el vigía, y le dijo: ¿por qué roncas? Levántate, invoca a tu Dios, si de algún modo Dios nos salva, y no perecemos. Es natural que cada uno en su propio peligro espere más de otro: de ahí que el piloto, o el vigía, que debía haber consolado a los tímidos pasajeros, viendo la magnitud de la crisis, despierta al durmiente, y le reprende su seguridad impróvida, y le amonesta para que él también ruegue a su Dios según sus fuerzas: para que, de quien era común el peligro, fuera común la oración. Además, según la tropología, son muchos los que, navegando con Jonás y teniendo sus propios dioses, se apresuran a ir a la contemplación del gozo. Pero después de que Jonás haya sido descubierto por la suerte, y la tempestad de aquel mundo haya sido calmada por su muerte, y la tranquilidad haya sido devuelta al mar, entonces será adorado un solo Dios, y se inmolarán víctimas espirituales, las cuales, ciertamente, según la letra, no tenían en medio de las olas.

(Versículo 7.) Y dijo un hombre a su compañero: Venid y echemos suertes, y sepamos por qué este mal está sobre nosotros: y echaron suertes, y

la suerte cayó sobre Jonás. LXX: Y dijo cada uno a su prójimo: Venid, echemos suertes, y conozcamos por causa de quién está esta maldad sobre nosotros: y echaron suertes, y la suerte cayó sobre Jonás. Conocían la naturaleza del mar y, habiendo navegado tanto tiempo, sabían las razones de las tempestades y de los vientos; y ciertamente, si hubieran visto levantarse las olas acostumbradas, que alguna vez habían experimentado, quizás nunca habrían buscado al autor del naufragio, ni desearían evitar un peligro cierto por un medio incierto. Tampoco debemos, bajo este ejemplo, creer inmediatamente en las suertes, ni unir a este testimonio aquel de los Hechos de los Apóstoles, donde Matías es elegido por suerte para el Apostolado (Hch 1), ya que los privilegios de los individuos no pueden constituir una ley común. Pues así como para condenación de Balaam habla la asna (Nm 22), y el Faraón (Gn 41) y Nabucodonosor para su propio juicio (Dn 2, 4) conocen el futuro por sueños, y sin embargo no entienden a Dios que revela; también Caifás profetiza, ignorando que convenía que uno muriera por todos (Jn 11 y 18): así también aquí el fugitivo es descubierto por la suerte, no por la fuerza de las suertes, y máxime de las suertes de los paganos, sino por la voluntad de Aquel que regía las inciertas suertes. En cuanto a lo que se dice: "Y conozcamos por causa de quién está esta maldad sobre nosotros", aquí debemos entender "maldad" (*malitia*) por aflicción y calamidad, según aquello: "Basta a cada día su propia maldad" (Mt 6, 34). Y en el profeta Amós: "¿Hay algún mal en la

ciudad que el Señor no haya hecho?" (Am 3, 6). Y en Isaías: "Yo soy el Señor que hago la paz y creo el mal" (Is 45, 7). Pero en otro lugar, la maldad se entiende como lo contrario a la virtud [o: a la verdad], según lo que leímos más arriba en este mismo profeta: "Ha subido hasta mí el clamor de su maldad".

(Versículo 8.) Y le dijeron: Indícanos por causa de quién nos ha venido este mal, cuál es tu ocupación, cuál es tu tierra, y a dónde vas, o de qué pueblo eres. LXX: Y le dijeron: Anúncianos por causa de quién está esta maldad en nosotros, cuál es tu ocupación, y de dónde vienes, y a dónde vas, y de qué región eres, y de qué pueblo eres. A aquel a quien la suerte había señalado, lo obligan a confesar con su propia voz por qué hay tan gran tempestad, o por qué la ira de Dios se ensaña contra ellos: "Indícanos", dicen, "por causa de quién está este mal sobre nosotros: qué ocupación tienes, de qué tierra, de qué pueblo partes, a dónde te apresuras a ir". Y es de notar la brevedad, que solíamos admirar en Virgilio: "Jóvenes, ¿qué causa os ha impulsado a intentar caminos desconocidos, a dónde os dirigís?", dijo. "¿Cuál es vuestro linaje, de dónde vuestro hogar? ¿Traéis aquí la paz o las armas?" (Eneida, libro V). Se le interroga sobre su persona, región, viaje y ciudad, para que a partir de esto se conozca también la causa del peligro.

(Versículo 9.) Y les dijo: Soy hebreo, y temo al Señor Dios del cielo, que hizo el mar y la tierra seca. LXX: Y les dijo: Soy siervo del Señor, y adoro al Dios del cielo, que hizo el mar y la tierra seca.

No dijo: "Soy judío", nombre que la escisión de las diez tribus de las dos impuso al pueblo; sino: "Soy hebreo", esto es, *παρατῆς*, un "transeúnte", como también Abraham, que podía decir: "Soy forastero y peregrino, como todos mis padres" (Sal 38, 13); de quien en otro salmo está escrito: "Pasaron de gente en gente, y de un reino a otro pueblo" (Sal 104, 13). Moisés dice: "Pasaré y veré esta gran visión" (Ex 3, 3). "Y temo al Señor Dios del cielo": no a los dioses que invocáis, y que no pueden salvar, sino al Dios del cielo, que hizo el mar y la tierra seca. El mar, en el que huyo; la tierra seca, de la que huyo. Y elegantemente, para distinguirla del mar, no se la llama "tierra", sino "seca". Y en breve se muestra al hacedor del universo, que es Señor del cielo, de la tierra y del mar. Se pregunta, sin embargo, cómo se puede probar que dice la verdad al afirmar: "Temo al Señor Dios del cielo", cuando no cumple sus preceptos. A no ser que quizás respondamos que también los pecadores temen a Dios, y que es propio de los siervos no amar, sino temer; aunque en este lugar "temor" puede entenderse por "culto", según el sentido de los que escuchaban y aún no conocían a Dios.

(Versículo 10) Y aquellos hombres temieron con gran temor, y le dijeron: «¿Por qué has hecho esto?». Pues sabían [Vulgata: habían sabido] los hombres que huía de la presencia del Señor, porque él se lo había indicado. LXX: Y aquellos hombres temieron con gran temor, y le dijeron: «¿Por qué has hecho esto?». Pues sabían los hombres que huía de la presencia del Señor, por

el hecho de que se lo había indicado. El orden de la narración está invertido: pues como podría haberse dicho que no había motivo de temor por el hecho de que él les había confesado, diciendo: «Soy hebreo, y temo al Señor, Dios del cielo, que hizo el mar y la tierra seca», se añade inmediatamente que por eso temieron, porque les había indicado que huía de la presencia del Señor y que no había cumplido sus preceptos. Finalmente, le recriminan y dicen: «¿Por qué has hecho esto?». Es decir, si temes a Dios, ¿por qué huyes? Si predicas que aquel a quien veneras es de tan gran poder, ¿cómo crees que puedes evadirlo? Además, temen con gran temor, porque entienden que es un hombre santo y de una nación santa (pues, habiendo zarpado de Jope, conocían el privilegio de la nación hebrea), y sin embargo no pueden ocultar al fugitivo. Grande es el que huye, pero mayor es Aquel que lo busca; no se atreven a entregarlo, no pueden ocultarlo. Reprenden la culpa, confiesan su temor; piden que aquel que había sido el autor del pecado sea él mismo el remedio. O ciertamente, lo que dicen: «¿Por qué has hecho esto?» no es una recriminación, sino una pregunta, pues desean conocer la causa de la huida: siervos de un señor, hijos de un padre, un hombre de Dios. ¿Cuál es, dicen, este gran misterio, para que se abandone la tierra, se busquen los mares, se deje la patria y se anhelan lugares extraños?

(Versículo 11) Y le dijeron: «¿Qué haremos contigo para que el mar se calme para nosotros?», porque el mar se embravecía más y más. LXX: Y

le dijeron: «¿Qué te haremos, y el mar se calmará para nosotros?», porque el mar avanzaba y levantaba más olas. ¿Dices que por tu causa se agitan los vientos, las olas, el mar, los abismos? Has expuesto la causa de la enfermedad; indica la cura. Por el hecho de que el mar se levanta contra nosotros, entendemos que la ira se debe a haberte acogido. Si es nuestra culpa haberte acogido, ¿qué podemos hacer para que el Señor no se enoje? «¿Qué haremos contigo?», es decir, ¿te mataremos? Pero eres un adorador del Señor. ¿Te salvaremos? Pero huyes de Dios. Nuestra parte es ofrecer las manos; tuya es la de ordenar qué ha de hacerse, para que con ello se calme el mar, que ahora con su oleaje atestigua la ira del Creador. E inmediatamente el historiador añade la causa de tal pregunta, diciendo: «el mar se embravecía más y más». Iba, como se le había ordenado; iba para la venganza de su Señor; iba, persiguiendo al profeta fugitivo. Además, se embravecía a cada momento y, como si los marineros se demoraran, se levantaba en olas mayores, para mostrar que no podía posponer la venganza del Creador.

(Versículo 12) Y les dijo: "Tomadme y arrojadme [el Vulgata omite *me*] al mar, y el mar se calmará para vosotros; porque sé [el Vulgata añade *ego*] que por mi causa esta gran tempestad está [el Vulgata tiene *venit*, ha venido] sobre vosotros". LXX: Y Jonás les dijo: "Tomadme y arrojadme al mar, y el mar se calmará para vosotros; porque yo sé que por mi causa estas grandes olas están contra vosotros".

Contra mí truenala la tempestad, a mí me busca, a vosotros os amenaza con el naufragio para apresarme a mí: me apresará para que por mi muerte viváis. "Sé", dice, "que por mi causa es esta gran tempestad". No ignoro que para mi castigo se perturban los elementos, que hay una confusión del mundo, que el naufragio se enfurece contra mí y se ensaña con vosotros: las mismas olas os ordenan que me arrojéis al mar. Si yo siento la tempestad, vosotros recuperaréis la tranquilidad.

Y asimismo, ha de notarse la magnanimidad de nuestro fugitivo: no tergiversa, no disimula, no niega; sino que, quien había confesado su fuga, asume gustosamente el castigo, deseando perecer él mismo para que no perezcan también los demás por su causa, y para que al pecado de la fuga no se añada también el delito de la muerte ajena. Esto en cuanto a la historia. Por lo demás, no ignoramos que los vientos que soplan, a los que en el Evangelio el Señor ordenó que se calmaran (Mateo 8), y la barquilla en peligro, en la que dormía Jonás, y el mar embravecido que es increpado: "Calla y enmudece", se refieren al Señor Salvador, y a la Iglesia en peligro, o a los Apóstoles que son despertados [lectura alternativa: *sustantes*, que soportan], quienes, abandonándolo en la pasión, en cierto modo eran precipitados a las olas: Este Jonás dice: "Sé que por mi causa una gran tempestad está sobre vosotros", porque los vientos me ven ir con vosotros a Tarsis, es decir, navegar hacia la contemplación de la alegría, para conduciros conmigo al gozo: "para que donde yo estoy y el Padre, allí estéis también vo-

sotros" (Juan 14:3). Por esta razón se enfurecen, por esta razón el mundo, que está puesto en el maligno, ruge (1 Juan 5:19): por esto se perturban los elementos: la muerte desea devorarme, para mataros también a vosotros; y no entiende que, como si fuera un cebo en un anzuelo, lo toma para morir por mi muerte. "Tomadme y arrojadme al mar". Porque no nos corresponde a nosotros buscar la muerte, sino aceptarla de buen grado cuando es infligida por otros. De ahí que, incluso en las persecuciones, no sea lícito perecer por propia mano, excepto donde la castidad pelagra; sino más bien someter el cuello al que golpea. Así, dice, aplacad los vientos, así derramad libaciones en los mares: la tempestad que por mi causa se enfurece contra vosotros, al morir yo, se calmará.

(Versículo 13) Y los hombres remaban para volver a tierra firme, pero no podían, porque el mar seguía y se embravecía sobre ellos. LXX: Y los hombres intentaban volver a tierra, pero no podían, porque el mar seguía y se levantaba más contra ellos.

El profeta había pronunciado sentencia contra sí mismo; pero ellos, oyendo a un adorador de Dios, no se atrevían a ponerle las manos encima, y por eso se esforzaban por volver a tierra firme y escapar del peligro, para no derramar sangre, prefiriendo perecer antes que destruir. ¡Oh, qué gran cambio de las cosas! El pueblo que había servido a Dios dice: "Crucifícalo, crucifica a tal hombre" (Juan 19:6). A estos se les ordena matar, el mar se enfurece, la tempestad lo ordena, y sin embargo, descuidando su propio peligro, se preocupan por

la salvación de otro. Por lo cual también los Setenta dicen *parebiazonto* (παρεβιάζοντο), es decir, "deseaban hacer fuerza" y vencer la naturaleza de las cosas, para no violentar al profeta de Dios. Pero en el hecho de que los hombres remaban para volver a tierra firme, pensaban que la nave podía ser liberada del peligro sin el sacramento de aquel que iba a padecer: mientras que el ser arrojado Jonás por la borda fue el alivio de la nave [lectura alternativa: *fuerit*, habrá sido].

(Versículo 14) Y clamaron al Señor, y dijeron: "Te rogamos, Señor, que no perezcamos por la vida de este hombre, y no pongas sobre nosotros sangre inocente; porque tú, Señor, como quisiste, hiciste". LXX: Y clamaron al Señor, y dijeron: "De ninguna manera, Señor, no perezcamos por causa de la vida de este hombre, y no pongas sobre nosotros sangre justa, porque tú, Señor, como quisiste, hiciste".

Grande es la fe de los navegantes: ellos mismos están en peligro, y ruegan por la vida de otro. Pues saben que la muerte del pecado es peor que la de la vida. "Y no pongas", dicen, "sobre nosotros sangre inocente". Ponen al Señor por testigo de que lo que están por hacer no se les impute, y en cierto modo dicen: "No queremos matar a tu profeta, pero él mismo ha confesado tu ira, y la tempestad habla, porque tú, Señor, como quisiste, hiciste; tu voluntad se cumple por nuestras manos". ¿No nos parece la voz de los marineros la confesión de Pilato, que se lava las manos y dice: "Inocente soy yo de la sangre de este hombre" (Mateo 27:25)? Los gentiles no quieren que Cristo

perezca; protestan que su sangre es inocente. Y los judíos dicen: "Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos". Y por eso, si levantan sus manos, no serán escuchados, porque están llenas de sangre. "Porque tú, Señor, como quisiste, hiciste": que nosotros lo hayamos tomado, que surja el torbellino, que los vientos se enfurezcan, que el mar se levante en olas, que el fugitivo sea delatado por la suerte, que él mismo indique lo que debe hacerse, es de tu voluntad, Señor, porque tú, como quisiste, hiciste. De donde también el Salvador dice en el salmo: "Señor, para hacer tu voluntad, quise" (Salmo 39:9).

(Versículo 15) Y tomaron a Jonás, y lo lanzaron al mar, y el mar cesó de su furor. LXX: Y tomaron a Jonás, y lo lanzaron al mar, y el mar se detuvo de su conmoción. No dijo "lo arrebataron", no dijo "lo invadieron", sino "lo tomaron": como llevándolo con obsequio y honor, lanzaron al mar a quien no se resistía, sino que ofrecía sus manos a la voluntad de ellos. Y se detuvo el mar, porque había encontrado a quien buscaba. Como si alguien persiguiera a un fugitivo y avanzara con paso apresurado, después de haberlo alcanzado, deja de correr, y se detiene y sujeta a quien ha atrapado. Así también el mar que, en ausencia de Jonás, se enfurecía, teniendo en sus entrañas al deseado, se alegra y lo acaricia, y del gozo vuelve la tranquilidad. Si consideramos antes de la pasión de Cristo los errores del mundo, y los vientos contrarios de diversos dogmas, y la barquilla y todo el género humano, es decir, la criatura del Señor en peligro, y después de su pasión la tran-

quilidad de la fe, y la paz del orbe, y todas las cosas seguras, y la conversión a Dios, veremos cómo después de la precipitación de Jonás el mar se detuvo de su fervor (o furor [furore]).

(Versículo 16) Y temieron los hombres con gran temor al Señor, e inmolaron hostias al Señor, y prometieron votos. LXX de manera similar. Antes de la pasión del Señor, temiendo clamaron a sus dioses: después de su pasión temen al Señor, es decir, lo veneran y lo adoran, y no temen simplemente, como leemos al principio, sino con gran temor, según aquello que se dice: "Con toda tu alma, y con todo tu corazón, y con toda tu mente" (Mateo 22:37). E inmolaron hostias, que ciertamente según la letra no tenían en medio de las olas; pero porque el sacrificio a Dios es un espíritu atribulado (Salmo 50). Y en otro lugar se dice: "Inmola a Dios sacrificio de alabanza, y cumple tus votos al Altísimo" (Salmo 49:14). Y de nuevo: "Te ofreceremos los becerros de nuestros labios". Por eso en el mar inmolan hostias, y otras las prometen espontáneamente haciendo votos: de que nunca se apartarán de aquel a quien han comenzado a adorar. Porque temieron con gran temor: ya que, por la tranquilidad del mar y la huida de la tempestad, veían las verdaderas palabras del profeta. Jonás en el mar fugitivo, náufrago, muerto, salva a la barquilla que fluctúa: salva a los paganos que antes eran sacudidos en diversas opiniones por el error del mundo. Y Oseas, Amós, Isaías, Joel, que profetizaban al mismo tiempo, no pueden corregir al pueblo en

Judea. Por lo cual se muestra que el naufragio no puede calmarse sino por la muerte del fugitivo.

(Capítulo II - Versículo 1) Y preparó el Señor un gran pez para que tragase a Jonás. LXX: Y ordenó el Señor a una gran ballena, y devoró a Jonás. A la muerte y al infierno ordenó el Señor que recibieran al profeta. El cual, pensando que era una presa con sus ávidas fauces, tanto como se alegró en la deglución, tanto lloró en el vómito. Y entonces se cumplió aquello que se lee en Oseas: "Yo seré tu muerte, oh muerte; yo seré tu mordisco, oh infierno" (Oseas 13:14). Pero en el hebreo leemos "un gran pez", por lo cual los intérpretes de la LXX, y el Señor en el Evangelio, lo llaman "ballena", explicando el hecho mismo más brevemente. Pues en hebreo se dice DAG GADOL, que se interpreta como "gran pez": no hay duda de que significa "ballena". Y ha de observarse que, donde se pensaba que estaba la destrucción, allí estaba la custodia. Por lo demás, en cuanto a lo que dice "preparó", o bien fue desde el principio cuando lo creó, de lo cual también se escribe en el salmo: "Este dragón que formaste para jugar con él" (Salmo 103:26); o ciertamente lo hizo venir junto a la nave, para que recibiera en su seno a Jonás que se precipitaba, y ofreciera un habitáculo en lugar de la muerte: para que quien en la nave había sentido a Dios airado, lo sintiera propicio en la muerte.

(Versículo 2) Y estuvo Jonás en el vientre del pez tres días y tres noches. LXX: Y estuvo Jonás en el vientre de la ballena tres días y tres noches. El Señor mismo expone el misterio de este lugar

en el Evangelio (Mateo 12), y es superfluo decir lo mismo o cualquier otra cosa que lo que expuso él mismo, que padeció. Solo preguntamos cómo estuvo tres días y tres noches en el corazón de la tierra. Algunos dividen la paraskeue [día de la Preparación], cuando al huir el sol desde la hora sexta hasta la hora novena la noche sucedió al día, en dos días y noches, y añadiendo el sábado, estiman que deben contarse tres días y tres noches: nosotros entendamos el todo por la parte por sinécdoque: de modo que, por el hecho de que murió en la paraskeue, contemos un día y una noche, y otro del sábado; pero la tercera noche, que se asigna al día del Señor, la refiramos al comienzo del día siguiente: pues también en el Génesis la noche no es del día precedente (Génesis 1), sino del siguiente, es decir, el principio del futuro, no el fin del pasado. Para que esto pueda entenderse, lo diré más simplemente. Imagina que alguien salió de una mansión a la hora novena, y llegó a otra mansión a la hora tercera de otro día: si digo que ha hecho un viaje de dos días, no se me tachará inmediatamente de mentiroso, porque el que caminó no consumió todas las horas de ambos días, sino una cierta parte en el camino. Ciertamente esta me parece la interpretación. Si alguien, no obstante, no acepta esta y puede exponer el sacramento de este lugar con un sentido mejor, su sentencia debe ser seguida preferentemente.

Y oró Jonás al Señor su Dios desde el vientre del pez, y dijo: LXX de manera similar, solo con el orden cambiado.

Si Jonás se refiere al Señor, y por el hecho de que estuvo tres días y noches en el vientre de la ballena indica la pasión del Salvador, debe también su oración ser tipo de la oración del Señor. Ni ignoro que habrá algunos a quienes les parezca increíble que un hombre pudiera ser preservado por tres días y noches en el vientre de una ballena, en el que se dirigían los naufragios; los cuales ciertamente o serán fieles o infieles: si fieles, se verán obligados a creer cosas mucho mayores: cómo los tres jóvenes arrojados al horno de un incendio ardiente estuvieron tan ilesos que ni siquiera el olor del fuego tocó sus vestiduras (Daniel 3); cómo se retiró el mar y permaneció rígido como muros a uno y otro lado, para ofrecer camino al pueblo que pasaba (Éxodo 14); cómo por razón humana, aumentada la hambre, la rabia de los leones miró con temor a su presa y no la tocó; y muchas cosas de este tipo. Pero si fueran infieles, lean los quince libros de las Metamorfosis de Nasón y toda la historia griega y latina, y allí verán o a Dafne convertida en laurel, o a las hermanas de Faetón en álamos; cómo Júpiter, su dios más sublime, fue cambiado en cisne, fluyó en oro, raptó en toro, y lo demás, en lo cual la misma torpeza de las fábulas niega la santidad de la divinidad. A aquellas cosas creen, y dicen que todo es posible para Dios; y aunque creen cosas torpes y defienden todo por la potencia de Dios, no atribuyen la misma virtud a las cosas honestas. Pero en cuanto a lo que está escrito: "Y oró Jonás al Señor su Dios desde el vientre del pez, y dijo", entendemos que, después de que sintió que estaba

a salvo en el vientre de la ballena, no desesperó de la misericordia del Señor, y se convirtió totalmente a la súplica. Pues Dios, que había dicho del justo: "Con él estoy en la tribulación" (Salmo 90:15). Y: "Cuando me invocare, diré: aquí estoy", estuvo presente con él, y puede decir el que fue escuchado: "En la tribulación me ensanchaste" (Salmo 4:1).

(Versículo 3) Clamé de mi tribulación al Señor, y me escuchó; desde el vientre del infierno clamé, y escuchaste mi voz. Los Setenta de manera similar, solo con esto cambiado: "desde el vientre del mundo inferior, de mi clamor escuchaste mi voz." No dijo "clamo", sino "clamé": ni ruega por lo futuro, sino que da gracias por lo pasado: indicándonos que desde aquel tiempo en que, precipitado al mar, hubiera visto a la ballena, y tanta mole de cuerpo, y las inmensas fauces tragándolo con la boca abierta, se acordó del Señor y clamó, o bien al ceder las aguas y encontrar lugar el clamor, o bien con todo el afecto del corazón, según aquello que dice el Apóstol: "Clamando en vuestros corazones: Abba, Padre" (Romanos 8:15). Y clamó a aquel que solo conoce los corazones de los hombres, y dice a Moisés: "¿Por qué clamas a mí?" (Éxodo 14:15), cuando ciertamente la Escritura menciona que Moisés nada había clamado antes de esta voz. Esto es aquello que leemos en el primer salmo de las subidas: "Al Señor, cuando era atribulado, clamé, y me escuchó" (Salmo 119:1). Pero por el vientre del infierno entendamos el vientre de la ballena, que fue de tanta magnitud que obtenía la semejanza del infierno. Pero

mejor puede referirse a la persona de Cristo, que bajo el nombre de David canta en el salmo: "No dejarás mi alma en el infierno, ni darás a tu santo ver corrupción" (Salmo 15:10). Quien estuvo en el infierno viviendo, libre entre los muertos.

(Versículo 4) Y me proyectaste a lo profundo en el corazón del mar, y el río me rodeó. LXX: Me proyectaste a lo profundo del corazón del mar, y los ríos me rodearon.

En cuanto a la persona de Jonás no es difícil la interpretación: que encerrado en el vientre de la ballena estuvo en lo más profundo y en medio del mar, y fue cercado por los ríos. En cuanto al Señor Salvador, tomemos el ejemplo del salmo sesenta y ocho en el que habla: "Estoy clavado en el limo de lo profundo, y no hay sustancia: vine a lo profundo del mar, y la tempestad me sumergió;" de lo cual también en otro salmo se dice: "Pero tú rechazaste y despreciaste, dilataste a tu Cristo: subvertiste el pacto de tu siervo, contaminaste en la tierra su santuario, destruiste todos sus muros" (Salmo 88:39, 40), y lo demás. Pues a comparación de la bienaventuranza celestial, y de aquel lugar del que está escrito: "En la paz santa está su lugar" (Salmo 75:3 [Vulg. 75:2]), toda habitación terrenal está llena de olas, llena de tempestades. Por lo demás, por el corazón del mar se significa el infierno, por lo cual leemos en el Evangelio: "En el corazón de la tierra" (Mateo 12:40). Como el corazón del animal está en el medio, así también se afirma que el infierno está en medio de la tierra. O ciertamente según la anagogía, recuerda que está en el corazón del mar, esto es, en medio de

las tentaciones. Y sin embargo, habiendo estado entre las aguas amargas, y habiendo sido tentado en todo según nosotros sin pecado, no sintió las aguas amargas: sino que fue rodeado por el río, del cual también en otro lugar leemos: "El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios" (Salmo 45:5): bebiendo otros las saladas olas, yo en medio de las tentaciones sorbía los dulcísimos raudales. Ni te parezca impío si ahora el Señor dice: "Me proyectaste a lo profundo" (Salmo 68:3 [Vulg. 68:15]), quien habla en el salmo: "Porque a quien tú heriste, ellos mismos persiguieron:" según aquello que se pone de la persona del Padre en Zacarías: "Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas" (Zacarías 13:7).

Todos tus remolinos y tus olas pasaron sobre mí. LXX: Todas tus elevaciones y tus olas pasaron sobre mí. Que sobre Jonás pasaron las olas embravecidas del mar, y que tronó la cruel tempestad, a nadie es duda. Pero preguntamos cómo todas las elevaciones, y remolinos, y olas de Dios pasaron sobre el Salvador. "Tentación es la vida de los hombres sobre la tierra" (Job 7:1), o como se tiene en el hebreo, "milicia", porque aquí militamos para ser coronados en otro lugar. Y ninguno hay de los hombres que pueda sostener todas las tentaciones, excepto aquel que fue tentado en todo, según nuestra semejanza, sin pecado. De donde también se dice a los corintios: "No os aprehenda tentación sino humana. Pero fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados sobre aquello que podéis; sino que hará con la tentación también la salida, para que podáis sostenerla" (1

Corintios 10:13). Y puesto que todas las persecuciones, y todo lo que sucede, no atacan sin la voluntad de Dios: por eso se llaman remolinos de Dios y olas, que no oprimieron a Jesús, sino que pasaron por él, amenazando solo con el naufragio, no infiriéndolo. Todas las persecuciones, pues, y torbellinos con que era vejado el género humano, y todas las barquillas se rompían, tronaron sobre mi cabeza. Yo sostuve las tempestades, y rompí los torbellinos furiosos, para que los demás navegaran más seguros.

(Versículo 5) Y yo dije: Arrojado soy de la vista de tus ojos. LXX: Yo dije: Arrojado soy de tus ojos. Antes de que clamara de mi tribulación, y me escucharas, porque había recibido la forma de siervo, imitando también su fragilidad, dije: "Arrojado soy de la vista de tus ojos". Cuando estaba contigo, y disfrutaba de tu luz, y en tu luz yo era luz, no decía: "Arrojado soy". Pero después de que vine a lo profundo del mar, y fui rodeado de la carne del hombre, imito los afectos humanos, digo: "Arrojado soy de la vista de tus ojos". Esto lo he hablado como hombre: por lo demás como Dios, y para estos, que cuando estaba en tu forma, no juzgué rapiña el ser igual a ti (Filipenses 2), queriendo elevar hacia ti al género humano: para que donde estoy yo y tú, allí estén también todos los que en mí y en ti creyeron (Juan 17:24), digo:

Sin embargo, veré de nuevo tu santo templo. LXX: ¿Crees que añadiré para ver tu santo templo? Esto que en griego se dice *ara*, y tiene la edición vulgata "crees", puede interpretarse como "por lo tanto", de modo que sea como la conclusión

extrema de una proposición, de una asunción, de una confirmación y de un silogismo, no por la incertidumbre del que duda, sino por la confianza del que comprueba: por lo cual nosotros hemos traducido: "Sin embargo, veré de nuevo tu santo templo", según aquello que se dice de su persona en otro salmo: "Señor, amé el decoro de tu casa, y el lugar del tabernáculo de tu gloria" (Salmo 25:8). Y la lectura evangélica en la que está escrito: "Padre, glorifícame junto a ti con aquella gloria que tuve antes de que el mundo se hiciera" (Juan 17:5). Y respondió desde el cielo el Padre: "Y lo glorifiqué, y lo glorificaré" (Ibid., 12:28). O ciertamente porque se lee: "El Padre en mí, y yo en el Padre" (Ibid., 17:21), así como el Hijo es templo del Padre, así el Padre es templo del Hijo. Pues él mismo dice: "Yo del Padre salí, y vine" (Ibid., 16:28). Y: "El Verbo estaba junto a Dios, y Dios era el Verbo" (Juan 1:1). O bien el mismo y único Salvador postula como hombre: como Dios promete; y está seguro de su posesión que siempre tuvo. De la persona de Jonás, empero, puede entenderse claramente por el afecto del que desea o del que confía, que deseó, puesto en lo profundo del mar, ver el templo del Señor, y por espíritu profético está en otro lugar, y contempla otra cosa.

Me rodearon las aguas hasta mi alma, el abismo me cercó. LXX: Se derramó a mi alrededor el agua hasta mi alma: el abismo postrero me cercó.

Aquellas aguas que son vecinas a los abismos, que se revuelven y fluyen en las tierras, que arrastran mucho limo consigo, se esfuerzan por matar no el cuerpo, sino el alma; pues son ciertamente

amigas de los cuerpos, y se fomentan con sus placeres. De donde, según aquello que dijimos arriba, habla el Señor en el Salmo: "Sálvame, Señor, porque entraron las aguas hasta mi alma" (Salmo 68:1). Y en otro lugar: "Nuestra alma atravesó el torrente" (Salmo 123:3). Y: "No apriete sobre mí el pozo su boca, ni el infierno me encierre" (Ibid., 68:16); no me niegue la salida a mí que bajé voluntariamente, subiré voluntariamente, yo que vine cautivo voluntario, debo liberar a los cautivos, para que se cumpla aquello: "Subiendo a lo alto llevó cautiva la cautividad" (Salmo 67): pues a aquellos que antes habían sido cautivos en la muerte, él los capturó para la vida. Por los abismos, empero, debemos entender ciertas potencias perniciosas y pésimas, o potestades entregadas a los tormentos y suplicios, a las cuales también en el Evangelio los demonios ruegan que no se les obligue a ir (Lucas 8). De donde también "había tinieblas sobre el abismo" (Génesis 1). A veces el abismo se toma también por los sacramentos y los sentidos más profundos, y los juicios de Dios: "Los juicios del Señor son un gran abismo" (Salmo 35:7). Y: "El abismo invoca al abismo, en la voz de tus cataratas" (Salmo 41:8).

El pelagio cubrió mi cabeza, descendí a los extremos de los montes, los cerrojos de la tierra me encerraron para siempre. LXX: Entró mi cabeza en las grietas de los montes: descendí a la tierra, cuyos cerrojos son ataduras eternas. Que el pelagio cubrió la cabeza de Jonás, y que descendió a los extremos de los montes, y llegó hasta lo profundo de las tierras, por las cuales, como por

cerrojos y columnas, se sostiene el globo de la tierra por voluntad de Dios, no hay duda; de lo cual también se dice en otro lugar: "Yo confirmé sus columnas" (Salmo 74:5). En cuanto al Señor Salvador, sin embargo, según ambas ediciones, me parece que puede entenderse así: que su principio y cabeza, es decir, el alma que con el cuerpo dignamente asumió para nuestra salvación, descendió a las grietas de los montes, que estaban cubiertos por las olas, que se habían sustraído de la libertad del cielo, que el abismo rodeaba, que se habían desgarrado de la majestad de Dios, y después incluso penetró hasta los infiernos: A los cuales lugares, como en el fango extremo de los pecados, las almas eran arrastradas, diciendo el Salmista: "Entrarán en las profundidades de la tierra, serán partes de zorros" (Salmo 62:10, 11). Estos son los cerrojos de la tierra, y como ciertas cerraduras de la cárcel extrema y de los suplicios, que no quieren que las almas cautivas salgan de los infiernos. De donde significativamente los LXX tradujeron *katochoi aiōnioi*, esto es, que siempre desean retener a los que una vez invadieron. Pero nuestro Señor —de quien leemos bajo la persona de Ciro en Isaías: "Quebrantaré las puertas de bronce y romperé los cerrojos de hierro" (Isaías 45:2)— descendió a los extremos de los montes, y fue encerrado por cerrojos eternos, para liberar a todos los que habían sido encerrados.

(Vers. 7.) Y elevarás de la corrupción mi vida, Señor Dios mío. LXX: Y ascienda de la corrupción mi vida, Señor Dios mío. Propiamente dijo, "ele-

varás": o "asciende de la corrupción mi vida", porque a la corrupción y a los infiernos había descendido. Esto es lo que los Apóstoles interpretan como profetizado en el salmo decimoquinto de la persona del Señor: "Porque no dejarás mi alma en el infierno, ni darás a tu Santo ver la corrupción" (Salmo 15:10): es decir, que David murió y fue sepultado; pero la carne del Salvador no vio la corrupción. Otros, en cambio, interpretan que, en comparación con la bienaventuranza celestial y el Verbo de Dios, el cuerpo humano es corrupción, el cual "se siembra en corrupción" (1 Corintios 15:42); y en el salmo centésimo segundo se significa de la persona del Justo: "Que sana todas tus enfermedades: que redime de la destrucción tu vida" (Salmo 102:3, 4). De donde también dice el Apóstol: "¡Miserable de mí hombre! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?" (Romanos 7:24). Y se llama "cuerpo de muerte", o "cuerpo de humildad". Esto lo toman ellos como ocasión para su herejía: para que bajo la persona de Cristo mientan sobre el anticristo: ocupan Iglesias para alimentar un vientre gordísimo, y viviendo carnalmente, disputan contra la carne. Nosotros, sin embargo, sabemos que el cuerpo asumido de la Virgen incorrupta no fue corrupción de Cristo, sino templo. Pero si nos dejamos llevar por la sentencia del Apóstol a los Corintios, en la cual el cuerpo se llama "espiritual" (1 Corintios 15:44), para no parecer contenciosos, diremos que resucita este mismo cuerpo, y la misma carne que fue sepultada, la cual fue depositada en la tierra; pero que cambia su gloria, no cambia su naturaleza:

"Porque conviene que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad" (1 Corintios 15:53). Cuando se dice "esto", de algún modo se muestra el cuerpo agarrado con dos dedos: esto en lo que nacemos, esto en lo que morimos, esto que temen recibir los que han de ser castigados, esto que la virginidad espera como premio, y el adulterio teme como castigo. En cuanto a Jonás, sin embargo, puede entenderse así: Que el que en el vientre de la ballena (ceti) debió corromperse según la naturaleza de los cuerpos, y servir de alimento para la bestia, y difundirse por las venas y los miembros, permaneció salvo e íntegro. Además, lo que dice: "Señor Dios mío", es expresión de un afecto lisonjero, de que sintió al Dios común de todos como suyo y casi como su propio Dios, por la magnitud del beneficio.

(Vers. 8.) Cuando mi alma se angustiaba en mí, me acordé del Señor. LXX: Cuando mi alma desfallecía de mí, me acordé del Señor. Cuando, dice, no esperaba ningún otro auxilio, el recuerdo del Señor me fue de salvación, según aquello: "Me acordé del Señor y me alegré" (Salmo 76:4). Y en otro lugar: "Me acordé de los días antiguos, y tuve en la mente los años eternos" (Salmo 76:6). Yo, cuando desesperaba de la salvación, y la fragilidad de la carne en medio del vientre de la ballena no me permitía esperar nada de la vida, todo lo que parecía imposible fue superado por el recuerdo del Señor. Me veía encerrado en el útero de la ballena, y toda mi esperanza era el Señor. De lo cual aprendemos, según los Setenta, que

en aquel tiempo en que desfallece nuestra alma, y es arrancada de la estructura del cuerpo, no debemos volver el pensamiento a otra parte sino a aquel que, tanto en el cuerpo como fuera del cuerpo, es nuestro Señor.

Sobre la persona del Salvador, sin embargo, no es difícil la interpretación, quien dijo: "Triste está mi alma hasta la muerte" (Mateo 26:38, 39). Y: "Padre, si es posible, pase de mí este cáliz." Y: "En tus manos encomiendo mi espíritu" (Salmo 30:6); y otras cosas semejantes a estas.

Para que venga a ti mi oración, a tu santo templo. LXX similarmente. Por eso en la tribulación me acordé del Señor, para que mi oración desde lo extremo del mar y las grietas de los montes ascienda a los cielos, y venga a tu santo templo, en el cual tú gozas de la eterna bienaventuranza. Y ha de considerarse que, por un nuevo género de oración, esta se hace por la oración misma, y ruega para que su oración ascienda al templo de Dios. Pide, además, como pontífice, para que en su cuerpo el pueblo sea liberado.

(Vers. 9.) Los que custodian vanidades en vano, abandonarán su propia misericordia. LXX: Los que custodian cosas vanas y mentiras, han abandonado su propia misericordia. Dios es misericordioso por naturaleza, y está dispuesto a salvar por clemencia a los que no puede salvar por justicia: nosotros, en cambio, por nuestro vicio perdemos y abandonamos la misericordia preparada y que se ofrece voluntariamente. Y no dijo: "los que hacen vanidades" (pues "Vanidad de vanidades, y todo vanidad" [Eclesiastés 1:2]),

para no parecer que condenaba a todos y negaba la misericordia a todo el género humano; sino "los que custodian vanidades", o "la mentira", los que han pasado al afecto del corazón: los que no solo las hacen, sino que custodian las vanidades como si las amaran y pensarán que han encontrado un tesoro. Y al mismo tiempo, mira la magnanimidad del profeta: en lo profundo del mar, en el vientre de tan gran bestia, cubierto por la noche eterna, no piensa en su peligro, sino que filosofa sobre la naturaleza de las cosas con una sentencia general. "Abandonarán", dice, "su propia misericordia". Aunque la misericordia haya sido ofendida, la cual podemos entender que es Dios mismo (pues "misericordioso y compasivo es el Señor, paciente y de mucha misericordia" [Salmo 144:8]), sin embargo no abandona a los que custodian vanidades, ni los detesta, sino que espera que vuelvan: ellos, sin embargo, por su propia voluntad, abandonan la misericordia que está en pie y se ofrece voluntariamente. Esto también puede profetizarse desde la persona del Señor sobre la perfidia de los judíos, quienes, mientras estiman guardar los preceptos de los hombres y los mandatos de los fariseos, que son vanidad y mentira, abandonaron a Dios, quien siempre se había compadecido de ellos.

(Vers. 10.) Yo, en cambio, con voz de alabanza te inmolaré: lo que sea que haya prometido, lo cumpliré por la salvación al Señor. LXX: Yo, en cambio, con voz de alabanza y confesión te inmolaré, lo que sea que haya prometido te lo cumpliré, la salvación al Señor. Los que custodian

vanidades han abandonado su propia misericordia: yo, en cambio, que por la salvación de muchos he sido devorado, con voz de alabanza y confesión te inmolaré, ofreciéndome a mí mismo: "porque Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolido" (1 Corintios 5:7). Y como verdadero pontífice y oveja, se ofreció a sí mismo por nosotros. Y te confesaré, dice, como antes confesé, diciendo: "Te confieso, Padre, Señor del cielo y de la tierra" (Mateo 11:25; Juan 6:39); y cumpliré los votos que hice por la salvación de todos al Señor, para que todo lo que me has dado no perezca para siempre. Vemos lo que el Salvador prometió en su pasión por nuestra salvación: no hagamos a Jesús mentiroso: seamos, pues, limpios y separados de todas las suciedades de los pecados, para que él nos ofrezca al Dios Padre como las víctimas que había prometido.

(Vers. 11.) Y dijo el Señor al pez: y vomitó a Jonás en lo seco. LXX: Y mandó a la ballena, y arrojó a Jonás sobre lo seco. Estas cosas que leímos arriba las rogó el Señor bajo la persona de Jonás en el vientre de la ballena, de lo cual también Job habla místicamente: "Maldígalo el que maldijo al día, aquel que ha de capturar a la gran ballena" (Job 3:8). Se le ordena, pues, a esta gran ballena, y a los abismos y al infierno, que restituyan al Salvador a las tierras: y el que había muerto para liberar a los que estaban retenidos por los vínculos de la muerte, educa consigo a muchísimos para la vida. Lo que se escribe "vomitó", debemos aceptarlo más enfáticamente: que de las entrañas más profundas de la muerte procedió la vida victoriosa.

(Cap. III.---Vers. 1, 2.) Y fue hecha palabra del Señor a Jonás por segunda vez, diciendo: Levántate y ve a Nínive, la gran ciudad, y predica en ella según la predicación anterior que yo te hablo. LXX: Y fue hecha palabra del Señor a Jonás por segunda vez, diciendo: Levántate y ve a Nínive, la gran ciudad, y predica en ella según la predicación anterior que yo te he hablado. No se le dice al profeta: "¿Por qué no hiciste lo que se te había mandado?", sino que le basta la sola corrección del naufragio y de la devoración, para que el que no había sentido al Señor mandando, lo entendiera liberando. De lo contrario, es superfluo querer imputar al siervo delincuente lo que hizo después de los azotes, pues una corrección de esta clase no es tanto enmienda como reproche. Nuestro Señor, por lo demás, después de la resurrección es enviado por segunda vez a Nínive, para que el que antes de algún modo había huido, diciendo: "Padre, si es posible, pase de mí este cáliz" (Mateo 26:39), y no había querido dar el pan de los hijos a los perros (Mateo 15:26); ahora, porque ellos habían dicho: "Crucifícale, crucifícale a ese: No tenemos más rey que al César" (Juan 19:15), se encamina espontáneamente a Nínive, para predicar esto después de la resurrección, lo cual se le había mandado predicar también antes de la pasión. Todo esto, sin embargo —lo que se le manda, lo que obedece, lo que no quiere, lo que de nuevo es obligado a querer, lo que ejecuta por segunda vez la voluntad del Padre—, refiérela al hombre y a la forma de siervo, a quien convienen tales palabras.

(Vers. 3.) Y se levantó Jonás, y se fue a Nínive según la palabra del Señor: y Nínive era una ciudad grande de Dios [Vulg. calla "de Dios"], un camino de tres días: y comenzó Jonás a entrar en la ciudad un camino de un día. LXX: Y se levantó Jonás, y se fue a Nínive, como le había hablado el Señor. Era pues Nínive una ciudad grande para Dios, como un camino de vía de días tres: y comenzó Jonás a ingresar en la ciudad como un camino de vía de un día. Inmediatamente Jonás perfeccionó con la obra lo que se le había mandado. Nínive era, a la que se dirigía el profeta, una ciudad grande, y de tanto ámbito que apenas podía ser rodeada con un camino de tres días. Pero aquel, consciente del precepto y del naufragio anterior, completó el camino de tres días con la rapidez de un día; aunque hay quienes lo entienden simplemente así: que predicó solo en la tercera parte de la ciudad, y al resto llegó al instante el discurso de la predicación. Nuestro Señor, propiamente después de los infiernos, se dice que surge, y que predica la palabra del Señor, cuando envía a los apóstoles para que bauticen a los que estaban en Nínive, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, esto es, en un camino de tres días. Y este mismo sacramento de la salvación humana se perfecciona por la vía de un día, esto es, por la confesión de un solo Dios, predicando Jonás no tanto a los apóstoles como en los apóstoles. Pues él mismo dice: "He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo" (Mateo 28:20). Y ninguno duda por qué Nínive sea una ciudad grande de

Dios, puesto que el mundo y todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada se ha hecho (Juan 1:3). Ha de notarse también que no dijera "en tres días y noches", o "en un día y noche", sino absolutamente "en días y día", para mostrar que en el misterio de la Trinidad y en la confesión de un solo Dios nada hay tenebroso.

(Vers. 4.) Y clamó y dijo: todavía cuarenta días, y Nínive será subvertida. LXX: Y predicó y dijo: todavía tres días, y Nínive será subvertida. El número trino que se pone por los Setenta no conviene a la penitencia: y bastante me admiro por qué se tradujo así, cuando en el hebreo ni de las letras, ni de las sílabas, ni de los acentos, ni de la palabra hay ninguna comunidad. Pues tres se dicen SALOS, y cuarenta ARBAIM. Por lo demás, el profeta enviado desde Judea por tan largo camino a los asirios, exigía una digna penitencia de su predicación, para que las antiguas y pútridas heridas se curaran con un emplasto aplicado por mucho tiempo. Además, el número cuarenta conviene a los pecadores y al ayuno, y a la oración, y al saco, y a las lágrimas, y a la perseverancia en el suplicar: por lo cual también Moisés ayunó cuarenta días en el monte Sinaí (Éxodo 34), y Elías huyendo de Jezabel, declarada el hambre en la tierra de Israel y pendiente desde arriba la ira de Dios, se describe que ayunó cuarenta días (3 Reyes 19). El mismo Señor también, el verdadero Jonás enviado para la predicación del mundo, ayuna cuarenta días: y dejándonos la herencia del ayuno, bajo este número prepara nuestras almas para la comida de su cuerpo. En cuanto a que cla-

mó, se cumple aquello evangélico: "Estando de pie clamaba en el templo, diciendo: El que tenga sed, venga a mí y beba" (Juan 7:37). Pues todo discurso del Salvador, porque de cosas grandes predicaba, se llama clamor.

(Vers. 5.) Y creyeron los varones ninivitas en Dios, y predicaron el ayuno, y se vistieron de sacos desde el mayor hasta el menor. LXX similarmente. Creyó Nínive, e Israel incrédulo persevera. Creyó el prepucio, y la circuncisión permanece infiel. Y primero creen los varones de Nínive, que habían llegado a la edad de Cristo: y predicán el ayuno, y se visten de sacos desde el mayor hasta el menor. Digno tanto el sustento como el hábito de la penitencia, para que los que habían ofendido a Dios con el lujo y la ambición, le complazcan con la condenación de aquello por lo que antes habían ofendido. El saco y el ayuno son armas de la penitencia, auxilios de los pecadores: antes del ayuno, y así el saco; antes lo que es oculto, y después lo que es manifiesto: aquello siempre a Dios, esto a veces se exhibe también a los hombres. Y si de dos cosas necesarias una ha de ser sustraída, más elegiría el ayuno sin el saco, que el saco sin el ayuno. La mayor edad comienza, y llega hasta la menor: pues ninguno está sin pecado, ni aunque su vida haya sido de un día solo, y los años de su vida sean contables (Job 14). Pues si las estrellas no son limpias a los ojos de Dios, ¿cuánto más el gusano y la putrefacción, y estos que se mantienen obnoxios por el pecado del ofensor Adán? Pero también el orden es hermosísimo: Dios manda al profeta. El profe-

ta predica a la ciudad: primero creen los varones, y predicando ellos el ayuno, toda edad se viste de saco. Los varones no predicán el saco, sino solo el ayuno: Pero en verdad estos a los que se manda la penitencia, consiguiientemente al ayuno unen el saco, para que el vientre vacío y el hábito luctuoso supliquen con más ambición al Señor.

(Vers. 6 sig.) Y llegó la palabra al rey de Nínive, y se levantó de su solio, y arrojó su vestidura de sí, e indutado de saco, se sentó en la ceniza, y clamó y dijo en Nínive, de la boca del rey y de sus príncipes, diciendo: Los hombres y los jumentos, y los bueyes y las ovejas no gusten nada, ni se apacienten, y agua no beban, y se cubran de sacos hombres y jumentos, y clamen al Señor con fortaleza: y conviértase el varón de su camino malo, y de la iniquidad que está en sus manos. ¿Quién sabe si se convertirá y perdonará Dios, y volverá del furor de su ira y no pereceremos? LXX: Y se aproximó el discurso al rey de Nínive y se levantó de su trono, y se quitó su estola de sí, y se cubrió de saco, y se sentó en la ceniza, y fue predicado en Nínive por el rey, y por todos sus mayores, diciendo: Los hombres y los jumentos y los bueyes y las ovejas no gusten nada, ni se apacienten, y agua no beban: y cubiertos de sacos hombres y jumentos, clamaron al Señor vehementemente, y volvió cada uno de su camino malo, y de la iniquidad que estaba en sus manos de los que decían: ¿Quién sabe si se convertirá Dios y se exhortará, y se apartará de la ira de su furor, y no perezcamos? Sé que muchísimos interpretan que el rey de Nínive (que escucha el último la predi-

cación, y desciende de su solio, y arroja su antiguo ornato, y vestido de saco, se sienta en la ceniza: y no contento con su propia conversión, predica también la penitencia a sus demás compañeros de mando, diciendo: "Los hombres, y los jumentos, y los bueyes, y las ovejas" sean atormentados por el hambre, se cubran de sacos, y condenados los antiguos vicios, se entreguen todos a la penitencia) como el diablo, quien al fin del mundo (porque ninguna criatura racional, y que haya sido hecha por Dios, perezca) descendiendo de su soberbia, ha de hacer penitencia y ser restituido a su lugar antiguo. Para comprobación de cuyo sentido también aducen aquel ejemplo de Daniel: donde Nabucodonosor, hecha penitencia por siete años, es restituido a su reino antiguo (Daniel 4). Pero esto, porque la sagrada Escritura no lo dice, y subvierte totalmente el temor de Dios, mientras fácilmente los hombres caen en los vicios, pensando que incluso el diablo, que es el autor de los males y la fuente de todos los pecados, hecha la penitencia, puede ser salvado, lo arrojemos de nuestras mentes. Y sepamos que los pecadores en el Evangelio son enviados al fuego eterno, que ha sido preparado para el diablo y sus ángeles (Mateo 25), y de estos se dice: "Su gusano no morirá, y su fuego no se extinguirá" (Isaías 66:24). Sabemos por cierto que Dios es clemente, ni los que somos pecadores nos deleitamos con su crueldad; pero leemos: "Misericordioso y justo es el Señor, y nuestro Dios se compadece" (Salmo 114:5). La justicia de Dios es amurallada por la misericordia, y procede al juicio con tal ambición:

así perdona, que juzga: así juzga, que se compadece. "La misericordia y la verdad se encontraron: la justicia y la paz se besaron" (Salmo 84:11). De lo contrario, si todas las criaturas racionales son iguales, y o por las virtudes o por los vicios por su propia voluntad o son erigidas a lo alto o son sumergidas en lo profundo, y después de un largo circuito e infinitos siglos se hará la restitución de todas las cosas, y será una sola la dignidad de los militantes, ¿qué distancia habrá entre la virgen y el prostíbulo? ¿Qué diferencia habrá entre la madre del Señor y (lo que es un crimen incluso decir) las víctimas de las libidines públicas? ¿Serán lo mismo Gabriel y el diablo? ¿Lo mismo los apóstoles y los demonios? ¿Lo mismo los profetas y los pseudoprofetas? ¿Lo mismo los mártires y los perseguidores? Imagina lo que quieras, duplica los años y los tiempos, y amon-tona infinitas edades para los tormentos: si el fin de todos es semejante, todo lo pasado es nada, porque no buscamos qué hayamos sido alguna vez, sino qué hayamos de ser siempre. Ni ignoro lo que suelen decir contra esto, y prepararse a sí mismos y al diablo la esperanza y la salvación. Pero no es de este tiempo escribir más largamente contra el dogma perverso y el symphragma diabólico de los que enseñan en los rincones y niegan en público. Nos basta haber indicado lo que sentimos sobre este testimonio, y como en comentarios brevemente intimar quién sea el rey de Nínive, al que el último llegó la palabra de Dios. [Qué valga ante los hombres del siglo la elocuencia y la sabiduría secular, son testigos

Demóstenes, Tulio, Platón, Jenofonte, Teofrasto, Aristóteles, y los demás oradores y filósofos, que como reyes son tenidos por los hombres, y sus preceptos no como preceptos de mortales, sino casi como oráculos de los dioses son recibidos. De donde también dice Platón: Que serían felices las repúblicas si o los filósofos reinaran o los reyes filosofaran. Cuán difícilmente, sin embargo, los hombres de esta clase crean en Dios —para pasar de largo los ejemplos cotidianos y callar sobre las antiguas historias de los étnicos— nos basta el testimonio del Apóstol, quien escribiendo a los Corintios, dice: Ved, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, no muchos potentes, no muchos nobles: sino que lo necio del mundo eligió Dios para confundir a los sabios, y lo débil del mundo eligió Dios para confundir lo fuerte, y lo innoble del mundo y lo que era despreciable eligió Dios (1 Corintios 1:26), y lo demás. De donde otra vez dice: "Perderé la sabiduría de los sabios, y reprobaré la inteligencia de los prudentes" (1 Corintios 1:19). Mirad que nadie os despoje por la filosofía y la vana seducción (Colosenses 2:8). De lo cual es perspicuo que los reyes del mundo escuchan los últimos la predicación de Cristo, y depositado el fulgor de la elocuencia y los ornamentos y el decoro de las palabras, se entregan todos a la simplicidad y a la rusticidad, y reducidos al culto plebeyo se sientan en las suciedades, y destruyen lo que antes habían predicado. Nos propongamos al beato Cipriano (que primero fue asertor de la idolatría, y llegó a tanta gloria de elocuencia que también

enseñaba oratoria en Cartago) haber escuchado por fin el sermón de Jonás, y convertido a la penitencia, haber llegado a tanta virtud que predicara a Cristo públicamente, y por él inclinara la cerviz a la espada. Ciertamente entendemos que el rey de Nínive descendió de su solio, y conmutó la púrpura por el saco, los ungüentos por el lodo, la limpieza por la suciedad: no suciedad de los sentidos, sino de las palabras. De donde también de Babilonia en Jeremías se dice: "Cáliz de oro es Babilonia embriagando a toda la tierra" (Jeremías 51:7). ¿A quién no embriagó la elocuencia secular? ¿De quién no deslumbró los ánimos con la composición de las palabras y el fulgor de su disertitud? Difícilmente los hombres potentes y nobles y ricos, y mucho más difícilmente los elocuentes creen a Dios: pues su mente es cegada por las riquezas y las opulencias y el lujo, y rodeados de vicios, no pueden ver las virtudes y la simplicidad de la Escritura santa; no por la majestad de los sentidos, sino por la vileza de las palabras la juzgan. Cuando, sin embargo, ellos mismos que antes habían enseñado cosas malas, vueltos a la penitencia, comiencen a enseñar cosas buenas, entonces veremos a los pueblos ninivitas convertirse con una sola predicación, y hacerse aquello que leemos en Isaías: "Si nació una nación de una vez". A los hombres también y a los jumentos cubiertos de sacos, y clamando al Señor, entiéndelos con el mismo sentido: que tanto los racionales como los irracionales, y los prudentes y los simples, por la predicación de Jonás hacen penitencia según aquello que también en otro lugar se dice:

"A los hombres y a los jumentos salvarás, Señor" (Salmo 35:7). Podemos, por lo demás, interpretar los jumentos cubiertos de sacos de otro modo, máxime de estos testimonios en los que leemos: "El sol y la luna se vestirán de saco" (Ezequiel 32:7). Y en otro lugar: "Vestiré al cielo de saco" (Isaías 50:3), por el hábito lúgubre ciertamente, y el duelo y la tristeza, que metafóricamente se llaman saco. Aquello también que se dice: "¿Quién sabe si se convertirá y perdonará Dios?" por eso se pone ambiguo e incierto: para que mientras los hombres están dudosos de la salvación, más fuertemente hagan penitencia, y más provoquen a Dios a la misericordia.

(Vers. 10.) Y vio Dios las obras de ellos; que se convirtieron de su camino malo, y tuvo misericordia Dios sobre el mal que había hablado que les haría, y no lo hizo. LXX: Y vio Dios las obras de ellos, puesto que se volvieron de sus caminos malos, e hizo penitencia Dios sobre el mal que había hablado que les haría, y no lo hizo. Según ambos entendimientos, ya sea entonces a la ciudad asiria, o diariamente a los pueblos del mundo, Dios amenaza para que hagan penitencia: los cuales si se convirtieren, él mismo también cambiará su sentencia, y por la conversión del pueblo se mudará. Lo cual también Jeremías y Ezequiel explican más manifestamente, a saber: que el Señor no cumple los bienes que prometió si los buenos se vuelven a los vicios; ni los males que amenaza a los pésimos si ellos se volvieren a la salvación. Así pues, también ahora vio Dios las obras, porque se convirtieron de su camino

pésimo: no escuchó palabras que Israel solía prometer a menudo: "Todo lo que diga el Señor, lo haremos" (Éxodo 24, 3); sino que contempló obras: y porque prefiere la penitencia del pecador antes que la muerte (Ezequiel 18), de buena gana mudó su sentencia, porque vio las obras mudadas. Antes bien, Dios perseveró en su propósito queriendo tener misericordia desde el principio: pues ninguno que desea castigar amenaza con lo que ha de hacer. Toma, pues, el "mal" (*malitiam*) por suplicios y tormentos, como dijimos arriba: no que Dios pensara hacer nada malo.

(Cap. IV.---Vers. 1.) Y se afligió Jonás con gran aflicción, y se airó: y oró al Señor y dijo. LXX: Y se contristó Jonás con gran tristeza, y se confundió: y oró al Señor, y dijo. Viendo entrar la plenitud de las naciones, y cumplirse aquello que se dice en el Deuteronomio: "Ellos me irritaron en los que no son dioses, y yo los irritaré sobre una nación que no es: sobre una nación necia los incitaré a la ira" (Deut. 32, 31), desconfía de la salvación de Israel, y es sacudido por un gran dolor, que estalla en voz, y expone las causas de su pesar, y en cierto modo habla: Yo solo he sido elegido de tanto número de profetas para que, por la salvación de otros, anunciara la ruina de mi pueblo. No se contrista, pues, como algunos piensan, porque la multitud de las naciones se salve; sino porque perece Israel. De donde también nuestro Señor lloró sobre Jerusalén (Luc. 19), y no quiso tomar el pan de los hijos y darlo a los perros (Mar. 7). Y los Apóstoles primero predicán a Israel (Hech. 13). Y Pablo desea ser anatema por sus hermanos,

que son israelitas, y de quienes es la adopción y la gloria, y el Testamento, y las promesas, y la legislación, de quienes son los padres, y de quienes es Cristo según la carne (Rom. 9). Bellamente, pues, el "Doliente" (que es como se interpreta Jonás) es afligido por el dolor, y triste está su alma hasta la muerte; porque para que no pereciera el pueblo de los judíos, cuanto estuvo en él, padeció muchas cosas. El nombre también conviene a una historia de alguien más doliente, significando a un profeta laborioso, y abrumado por las miserias de la peregrinación y del naufragio.

(Vers. 2, 3.) Te ruego, Señor, ¿no es esta mi palabra cuando todavía estaba en mi tierra? Por esto me anticipé para huir a Tarsis. Pues sé que tú [Vulg. añade "eres"] un Dios clemente y misericordioso, paciente, y de mucha compasión, que perdonas sobre el mal, y ahora, Señor, toma te ruego mi alma de mí, porque mejor es para mí la muerte que la vida. LXX: Oh Señor, ¿no son estos mis discursos cuando todavía estaba en mi tierra? Por eso me anticipé a huir a Tarsis. Pues sé que tú eres misericordioso y compasivo, paciente y de mucha compasión, y que haces penitencia sobre los males, y ahora, Señor dominador, toma mi alma de mí, porque mejor me es morir que vivir. Esto que nosotros tradujimos como "te ruego" (obsecro), y los Setenta vertieron como "ὦ δὴ", en hebreo se lee ANNA, la cual me parece una interjección del que suplica que significa un afecto halagador. Puesto que, por tanto, su oración, mientras dice que había querido huir justamente, en cierto modo acusa al Señor de injusticia, tem-

pla sus quejas con el exordio de la súplica. ¿No es esta, dice, mi palabra cuando todavía estaba en mi tierra? Sabía que habías de hacer esto: no ignoraba que eras misericordioso, por eso no quería anunciar algo severo y truculento: por esto quise huir a Tarsis, vacar a la contemplación de las cosas, y disfrutar más bien de la quietud y el ocio en el mar de este siglo. Dejé mi casa, abandoné mi herencia, salí de tu seno y vine. Si dijera que eres misericordioso y clemente y que perdonas el mal, ninguno haría penitencia: si anunciara que eres cruel y solo un juez [Al. juicio], sabía que esto no era de tu naturaleza. Puesto, pues, en esta ambigüedad, preferí más bien huir que o bien engañar a los penitentes con la lenidad, o predicar sobre ti lo que no eras. Toma, pues, Señor, mi alma: porque mejor me es la muerte que la vida. Toma mi alma, que estuvo triste hasta la muerte. Toma mi alma: En tus manos pues encomiendo mi espíritu (Luc. 15), pues mejor me es la muerte que la vida. Viviendo, no pude salvar a una sola nación, Israel: muera yo, y el mundo se salvará. La historia es manifiesta, y sobre la persona del profeta así puede entenderse, como ya hemos dicho con frecuencia: que por eso se contrista y quiere morir, para que, convertida la multitud de las naciones, no perezca para siempre Israel.

(Vers. 4.) Y dijo el Señor: ¿piensas que te aíras bien? LXX: Y dijo el Señor a Jonás: ¿Si te has contristado tú vehementemente? La palabra hebrea ARA LAC puede traducirse tanto por "te aíras tú" como por "te contristas tú": lo cual conviene a ambas personas, la del profeta y la del Señor: ya

sea que esté airado, para no parecer haber mentido ante los ninivitas, o contristado, entendiendo que Israel ha de perecer. Y razonablemente no le dice: "te aíras mal", o "te contristas", para no parecer que reprende al contristado. Ni otra vez: "te aíras bien", o "te contristas": para no contradecir su propia sentencia; sino que le pregunta a él mismo, que está airado y contristado, para que o responda las causas de la ira, o del pesar: o si él callare, el verdadero juicio de Dios sea comprobado por su silencio.

(Vers. 5.) Y salió Jonás de la ciudad, y se sentó frente al oriente de la ciudad, y se hizo allí un tabernáculo, y se sentaba debajo de él en la sombra, hasta que viera qué acontecía a la ciudad. LXX similarmente. Primero Caín fratricida, y homicida dedicando el mundo cruento con la sangre de su hermano, edificó una ciudad, y la llamó del nombre de su hijo Henoc (Gén. 4). De donde también dice el profeta Oseas: "Dios soy yo y no hombre, en medio de ti el santo: y no entraré en la ciudad" (Oseas 11, 9). Pues del Señor, diciendo el Salmista, son las salidas de la muerte (Sal. 67). Por lo cual también una ciudad de fugitivos es llamada Ramot, lo cual se interpreta como "visión de muerte". Y rectamente cualquiera que sea fugitivo, y por causa de los pecados no merezca habitar en Jerusalén, habita en la ciudad de la muerte, y está al otro lado de las corrientes del Jordán, el cual se expresa como "descenso". Sale, pues, la "paloma", o el "doliente", de una ciudad de esta clase, y habita frente al Oriente, de donde nace el sol: y está allí en su tabernáculo,

donde contemplando cada uno de los tiempos que pasan, espera qué le suceda a la sobredicha ciudad: antes que Nínive fuera salvada y se secara la calabaza; antes que el Evangelio de Cristo brillara y se cumpliera la profecía de Zacarías: "He aquí un varón, Oriente es su nombre" (Zac. 6, 12), Jonás estaba bajo el tabernáculo. Pues todavía no había venido la verdad, de la cual habla el mismo evangelista y apóstol: "Dios es la verdad". Y elegantemente se añade: "Y se hizo para sí un tabernáculo allí", junto a Nínive. Para sí lo hizo, pues ninguno de los ninivitas en aquel tiempo podía habitar con el profeta: y se sentaba bajo la sombra, o con el hábito de juez, o contraído desde su majestad, y ceñido los lomos con fortaleza, para que no todas las vestiduras fluyeran hacia los pies y hacia nosotros, que estamos abajo, sino que fueran contraídas en sí por un cinturón más estrecho [Al. más alto]. Por lo demás, en cuanto a lo que dice: "para ver qué acontecía a la ciudad", usa la costumbre habitual de las Escrituras de unir afectos humanos a Dios.

(Vers. 6.) Y preparó el Señor Dios una hiedra (hederam), y subió sobre la cabeza de Jonás para que fuera sombra sobre su cabeza, y lo protegiera, pues había trabajado: y se alegró Jonás sobre la hiedra con gran alegría. LXX: Y mandó el Señor Dios a la calabaza (cucurbitae), y subió sobre la cabeza de Jonás para que fuera un tabernáculo sobre su cabeza, y lo protegiera de sus males: y se alegró Jonás sobre la calabaza con gran gozo. En este lugar un tal Canterio, del antiquísimo linaje de los Cornelios, o (como él mismo se jacta) de la

estirpe de Asinio Polión, se dice que hace tiempo me acusó en Roma de sacrilegio, porque en lugar de calabaza traduje hiedra: temió, a saber, que si en lugar de calabazas nacieran hiedras, no tendría de donde beber oculta y tenebrosamente. Y en verdad en las mismas calabazas de los vasitos, que vulgarmente llaman Saucomarias, suelen sombrear las imágenes de los apóstoles: de las cuales él mismo asumió no su propio nombre. Pero si tan fácilmente se conmutan los vocablos, que por los Cornelios tribunos sediciosos sean llamados los Emilios cónsules, me admiro de por qué no me es lícito traducir hiedra por calabaza. Pero vengamos a lo serio. Por "calabaza" o "hiedra" en hebreo leemos CICEION, la cual también en lengua siria y púnica se llama CICEIA. Es, por lo demás, un género de matorral, o arbolillo, que tiene las hojas anchas al modo del pámpano, y una sombra densísima, sosteniéndose sobre su propio tronco, el cual en Palestina nace con muchísima frecuencia, y máxime en lugares arenosos: y de un modo admirable, si arrojaras la semilla en la tierra, pronto fomentada surge en árbol, y en pocos días lo que habías visto como hierba, lo contemplas como arbolillo. De donde también nosotros, al mismo tiempo que interpretabamos a los profetas, quisimos expresar ese mismo nombre de la lengua hebrea, porque el habla latina no tenía esta especie de árbol; pero temimos a los gramáticos, no fuera que encontraran licencia para comentar: y fingieran o bien bestias de la India, o montes de Beocia, o ciertos portentos de esta clase, y seguimos a los anti-

guos traductores, quienes también ellos mismos interpretaron hiedra, la cual en griego se llama κισσὸς, pues otra cosa que decir no tenían. Discutamos, pues, la historia, y antes de los sentidos místicos, ventilemos solo la letra. La calabaza y la hiedra son de esta naturaleza: que reptan por la tierra, y sin horcas o apoyos en los que se apoyen, no pretenden cosas más altas. ¿Cómo, pues, ignorándolo el profeta, la calabaza surgiendo en una sola noche ofreció un tabernáculo, la cual no tiene naturaleza para surgir a lo alto sin pérgolas y cañas o astas? Pero el Ciceion, aunque en su surgimiento súbito ofreció un milagro y mostró la potencia de Dios en la protección del tabernáculo verde, también siguió su propia naturaleza. Pero a la persona del Señor Salvador, para que no abandonemos del todo la calabaza por causa del "philokolokynthon", puede referirse así: que conmemoremos aquello de Isaías: "Será abandonada la hija de Sion como un tabernáculo en una viña, y como una choza en un pepinar, como una ciudad que es expugnada" (Is. 1, 8). Y digamos que en otro lugar de la Escritura no encontramos la calabaza, porque donde nace el pepino, allí suele nacer también la calabaza. E Israel es comparado a este género, que en otro tiempo protegió a Jonás bajo su sombra mientras esperaba la conversión de las naciones, y le otorgó no pequeña alegría haciendo un tabernáculo y una tienda, más bien que una casa, teniendo la imagen de los techos, no teniendo los cimientos de las casas. Por lo demás, nuestro arbolillo CICEION, surgiendo pronto y secándose pronto, será comparado en

orden y vida a Israel, enviando pequeñas raíces a la tierra, e intentando ciertamente sostenerse en lo excelso; pero no igualando la altura de los cedros de Dios y de los abetos. Lo cual me parece que significan también las langostas, de las que se alimentaba Juan, quien dice bajo el tipo de Israel: "A él le conviene crecer, pero a mí disminuir" (Juan 3, 30): animal pequeño, que tiene alas débiles, surgiendo ciertamente de la tierra, pero no valiendo para volar más alto, de modo que es más que un reptil, y sin embargo no se iguala con las aves.

(Vers. 7 y 8.) Y preparó el Señor un gusano al levantarse el alba al día siguiente, y hirió a la hiedra, y se secó: e inmediatamente al salir el sol, mandó el Señor un viento cálido y abrasador; y hirió el sol sobre la cabeza de Jonás, y se asfixiaba de calor: y pidió para su alma morir, y dijo: Mejor es para mí la muerte que la vida. LXX: Y mandó Dios a un gusano por la mañana al día siguiente, y hirió la calabaza, y se secó: e inmediatamente al salir el sol, mandó el Señor a un espíritu de ardor abrasador, y hirió el sol sobre la cabeza de Jonás, y se angustió, y le pesó su alma, y dijo: Mejor me es morir que vivir. Antes que naciera el sol de justicia, verdeaba el tabernáculo, y no se secaba Israel: después que aquel surgió, y las tinieblas ninivitas fueron disipadas por su luz, el gusano preparado para el día siguiente al levantarse el alba (sobre el cual se titula el salmo vigésimo primero: "Por la asunción matutina"; y el que sin semilla alguna nace de la tierra, y dice: "Yo soy gusano y no hombre" [Sal. 21, 7]) hirió el taber-

náculo, el cual, desamparado del auxilio de Dios, perdió todo su verdor. Y mandó el Señor un viento cálido y abrasador, del cual se profetiza en Oseas: "Traerá el Señor un viento abrasador que sube del desierto, y secará sus venas, y desolará su fuente" (Oseas 13, 15). Y comenzó Jonás a asfixiarse de calor, y otra vez a querer morir en el bautismo con Israel, para que en el lavacro reciba el humor que había perdido en la negación. De donde también Pedro habla a los judíos secos: "Haced penitencia, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para remisión de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo" (Hechos 2, 38). Hay quienes por el gusano y el viento abrasador entienden a los jefes romanos, los cuales después de la resurrección de Cristo, destruyeron totalmente a Israel.

(Vers. 9.) Y dijo el Señor a Jonás: ¿Piensas que te aíras bien sobre la hiedra? Y dijo: Bien me aíro yo hasta la muerte. LXX: Y dijo el Señor Dios a Jonás: ¿Te contristas tú mucho sobre la calabaza? Y dijo: Mucho me contristo yo hasta la muerte. Arriba, haciendo los ninivitas penitencia y salvada la ciudad de las naciones, preguntado el profeta lo mismo: "¿Piensas que te aíras bien?", nada respondió, sino que comprobó la interrogación de Dios con el silencio; pues sabiendo que Dios es clemente, y misericordioso, y paciente, y de mucha compasión, y que perdona los males, no se dolía por la salvación de las naciones: pero aquí, después que secada la calabaza se agostó Israel, y preguntado con distinción: "¿Te aíras bien sobre la hiedra?" respondió confiadamente

y dice: "Bien me aíro yo", o "me contristo hasta la muerte": pues no quise así salvar a otros que perecieran otros, ni así ganar a los extraños que perdiera a los míos. Y en verdad hasta el día de hoy Cristo llora a Israel: y llora a Jerusalén hasta la muerte, no la suya, sino la de los judíos, para que mueran negando, y resurgan confesando al Hijo de Dios.

(Vers. 10 y 11.) Y dijo el Señor: Tú te dueles por la hiedra, en la que no trabajaste, ni hiciste que creciera; que en una sola noche nació, y en una sola noche pereció: ¿y no perdonaré yo a Nínive, la gran ciudad, en la que hay más de ciento veinte mil hombres que no saben qué hay entre su derecha y su izquierda, y muchos animales?

LXX: Y dijo el Señor: Tú perdonaste a la calabaza, por la que no trabajaste, ni la nutriste; que nació en la noche, y en la noche pereció: pero ¿no perdonaré yo a Nínive, la gran ciudad, en la que habitan más de doce miríadas [Al. miles] de hombres que ignoran la derecha y la izquierda, y mucho ganado?

Es de suma dificultad exponer cómo, según la tropología (*tropologiam*), se diga al Hijo: "Tú te dueles por la hiedra, en la que no trabajaste, ni hiciste que creciera", siendo así que todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada fue hecho de lo que ha sido hecho (Juan 1:3). De donde alguien, interpretando este lugar, para resolver la cuestión inminente, cayó en blasfemia. Pues asumiendo aquello del Evangelio: "¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino uno solo,

Dios" (Marcos 10:18), interpretó al Padre como el bueno.

Pero colocó al Hijo en un grado menor en comparación con aquel que es perfecta y verdaderamente bueno. Y no consideró, al decir estas cosas, que cayó más bien en la heresia de Marción (quien introduce a un Dios como solo bueno y a otro como juez y creador) que en la de Arrio, quien, aunque predica un Padre mayor y un Hijo menor, sin embargo no niega que el Hijo sea el creador.

Por tanto, con indulgencia deben ser oídas las cosas que vamos a decir, y nuestros esfuerzos deben ser ayudados más bien con favor y oraciones, que despreciados con oído malévolo; porque incluso los inexpertos pueden criticar y detractar, pero es propio de los doctos, y de quienes conocen el sudor de los que trabajan, o bien tender la mano a los cansados, o mostrar el camino a los que yerran. Nuestro Señor y Salvador no trabajó tanto en Israel como trabajó en el pueblo de las naciones. De hecho, Israel habla con confianza: "He aquí, por tantos años te sirvo, y nunca traspasé tu mandato, y nunca me diste un cabrito para banquetear con mis amigos; pero después que vino este hijo tuyo que devoró su sustancia con meretrices, mataste para él el becerro gordo" (Lucas 15): y, sin embargo, no es refutado por el padre, sino que se le dice con clemencia: "Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas; convenía banquetear y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto, y ha vuelto a la vida; había perecido, y ha sido hallado."

Por el pueblo de las naciones fue inmolado el becerro gordo, y derramada la sangre preciosa, sobre la cual Pablo disputa plenísimamente a los hebreos (Hebreos 10). Y David en el salmo: "El hermano", dice, "no redime; el hombre redimirá" (Salmo 48:8). Cristo decretó que aquél creciera; éste murió para que aquél viviera; éste descendió a los infiernos para que aquél ascendiera a los cielos. En Israel, verdaderamente, no hubo tan gran trabajo. De donde también envidia al hermano menor porque, después de haber malgastado su sustancia con meretrices y alcahuetes, recibe el anillo y la estola, y destaca con su antigua dignidad.

Además, lo que dice, "que en una noche nació", significa el tiempo antes de la venida de Cristo, que fue la luz del mundo, de quien se dice: "La noche pasó, y el día se acercó" (Romanos 13:12). Y "en una noche pereció", cuando se les ocultó el sol de justicia, y perdieron la palabra de Dios.

La ciudad de Nínive, en verdad, grande y hermosísima, prefigura a la Iglesia, en la que el número es mayor que las diez (Al. doce) tribus de Israel; lo cual también significan los fragmentos de los doce cestos en la soledad (Marcos 6). Además, ignoran qué hay entre la derecha y la izquierda, ya sea por la inocencia y sencillez, para mostrar una edad lactante, y dejar al entendimiento cuán grande sea el número de la otra edad, siendo tan grande el de los párvulos. O ciertamente (porque la ciudad era grande, y en una casa grande no solo hay vasos de oro y plata, sino también de madera

y de barro (2 Timoteo 2)), había en ella una multitud grandísima que ignoraba, antes de realizar la penitencia, qué era entre el bien y el mal, entre la derecha y la izquierda. "Pero también muchos animales": porque grande es en Nínive el número de los animales y de los hombres irracionales, que son comparados a los animales insipientes y son asemejados a ellos (Salmo 48).